

Ramos García consideran pertinente examinar el exilio republicano español en México desde la teoría del actor-red para mostrar que los exiliados constituyeron una compleja red de redes, como evidencia la revista *Ciencia*. El escrito de José Luis Díaz Gómez reconstruye la acción desarrollada por los alumnos de Santiago Ramón y Cajal en la Universidad Nacional Autónoma de México y su implicación en la creación de instituciones académicas, señalando la actividad desempeñada por Dionisio Nieto, así como la de Gonzalo Rodríguez Lafora, José Puche, Isaac Costero y Rafael Méndez. El compromiso ético y la absoluta participación de José Gaos en el mundo académico mexicano es el tema tratado por Alberto Enríquez Perea, quien recobra los principales pasajes de la vida, obra y aportación docente y divulgativa del filósofo asturiano en diversas instituciones mexicanas, como la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Michoacana o la Casa de España. Igualmente, Enríquez Perea da cuenta de la interlocución mantenida entre Gaos y Francisco Larroyo, Francisco Romero, Alfonso Reyes y Edmundo O' Gorman.

El último apartado de la obra, estructurado en cuatro capítulos, reflexiona sobre cuáles fueron las réplicas emprendidas por el exilio republicano español tras la derrota miliar. En consecuencia, la contribución de Pablo Jesús Carrión Sánchez realiza un recorrido por la actividad emprendida por los partidos Izquierda Republicana, Unión Republicana y el Partido Republicano Federal, aludiendo a cómo el proceso de reconstrucción del «ideal republicano» fue concebido en México. Aurelio Martín Nájera detalla la reunificación del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores en el contexto de la clandestinidad y del exilio. Felipe Nieto nos descubre la acción poética y política que el comunista Jorge Semprún realizó tanto en el exilio como, posteriormente, en la clandestinidad. Finalmente, Mónica Fernández y Emilia Martos nos invitan a investigar,

desde los estudios locales, el papel político que jugaron los exiliados republicanos regresados a España en la reconstrucción del Estado democrático, afirmando que la continuidad republicana persistió por medio del Partido Comunista, a nivel nacional, y mediante otros partidos, a nivel local.

Por todos estos matices, nos encontramos ante un excelente trabajo en equipo, cuya interdisciplinariedad da respuesta a múltiples preguntas y suscita otras nuevas, haciendo de la obra una herramienta imprescindible para la historiografía del exilio republicano español que nos ayuda a recuperar parte de la memoria olvidada, y a hacer un ejercicio de revisión histórica para repensar tanto la historia de México y de España, como la de sus protagonistas. Pues para comprender el presente y esbozar el futuro es indispensable analizar este episodio de nuestro pasado más próximo, cuyo interés histórico, social y científico sigue vivo.

Alicia Muñoz Ramírez  
*Universidad de Salamanca*

**ANDRADE BLANCO, Juan Antonio:** *El PCE y el PSOE en [la] transición. Le evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*. Prólogo de Josep Fontana. Madrid: Siglo XXI, 2012, 443 pp.

El libro que comentamos, excelente por muchas razones, ahonda en la operación de trasmutación ideológica sufrida por los dos principales partidos de izquierda, PCE y PSOE, durante los años 1975-1982, como resultado de su progresiva entrega al dictado del orden establecido ante la exigencia y promesa de acceso al poder, lo que se tradujo en el cultivo del más prosaico pragmatismo. La renuncia al leninismo en el PCE en 1978 y la expulsión del marxismo del programa del PSOE en 1979 serán, por consiguiente, las principales manifestaciones elegidas por el profesor Andrade

Blanco, para dar cuenta de este *ideology turn* de los dos principales partidos provenientes de la tradición marxista y obrerista, que estaría ocasionado principalmente por el progresivo deslizamiento desde planteamientos de ruptura democrática hacia otros basados en la negociación entre elites franquistas y antifranquistas de la Transición, pero que, a su vez, sería responsable e inspirador, *velis nolis*, de esa vía pactista finalmente triunfante. Por tanto, el libro podría leerse como una demostración de que la senda española hacia la democracia fue provocada por circunstancias históricas determinadas, al tiempo que inducida por las propias mutaciones ideológicas de la izquierda de estirpe marxista, de modo que la retorta en el seno de la que se fraguó la transformación de la dictadura en democracia estuvo compuesta simultáneamente por circunstancias y voluntades, contextos históricos y designios humanos.

La obra de Juan Antonio Andrade es fruto de una tesis doctoral presentada en la Universidad de Extremadura. El autor, vinculado actualmente como docente a dicha institución (como profesor de didáctica de la historia en la Facultad de formación del profesorado), pertenece también dentro de la misma al Grupo de Estudios sobre Historia Contemporánea y al Seminario de de Historia del Tiempo Presente, ámbitos donde concurren inquietudes historiográficas de nuevo tipo como han sido los análisis del discurso, de la imagen, de los testimonios orales, etc. En su caso, se elige un perspectiva analítica con la que se disecciona la ideología como un todo multidimensional compuesto por tres aspectos o, siguiendo a Koselleck, «estratos semánticos» (conjunto de ideas, instrumento de enfrentamiento social y como forma de representación simbólica de la práctica). La tesis envolvente y transversal a la investigación es formulada desde el principio: «la dinámica política de la Transición fue una tentación constante para la moderación de la izquierda. El fracaso de la *ruptura* primero, la dinámica del consenso después,

la gestión interesada de la memoria histórica de la Guerra Civil durante el proceso y los cambios frenéticos en el escenario político nacional al final de esta etapa fueron alicientes para su contención y desnaturalización ideológicas» (p. 21). Así pues, «contención» y «desnaturalización» constituyen los dos rasgos esenciales de la transformación ideológica de las elites dirigentes del PSOE y del PCE en su peculiar camino hacia la democracia.

El libro se inaugura con un breve prólogo de Josep Fontana en el que muestra su coincidencia con las tesis del historiador extremeño a la par que ahonda en la idea de que de aquella lluvia de dejaciones vinieron los actuales lodos de la democracia española. Nada especial, a no ser su valor por lo que significa de reconocimiento y revalidación de las tesis del profesor Andrade por cuenta de uno de los más conspicuos miembros de la comunidad historiográfica.

Por lo demás, este extenso ensayo sobre la Transición, a pesar de mantener la mayoría de las convenciones historiográficas al uso (excepto la de un deseable e inexistente anexo onomástico), se compone de una introducción, siete capítulos y un apartado de fuentes y bibliografía. Arranca, pues, con un capítulo 1 dedicado al «marco conceptual», donde, por así decirlo, siguiendo las pautas académicas al uso, el autor muestra sus cartas teóricas. En realidad, el doctor Andrade Blanco trata de exponer lo que entiende por «ideología», ya que su análisis se centra en esa esfera de la vida social, esto es, en las concepciones del mundo que comprenden planteamientos teóricos, principios éticos y tradiciones culturales, o sea, formas de racionalidad de carácter distinto a las propias de la ciencia pero no necesariamente contradictorias con ella. Lo cierto es que nos propone una especie de semántica conceptual ecléctica, tomada de distintas tradiciones de pensamiento social, donde «ideología» se situaría entre la falsa conciencia de la tradición marxista (que todo

lo explica) y la versión posmoderna que niega y relativiza la «verdad» de toda proposición discursiva. Andrade opta por una versión «multifuncional» de ideología, que constituiría un todo compuesto por aspectos y funciones múltiples. Ese esfuerzo encomiable de clarificación inicial no deja de ser interesante y discutible, aunque el posterior uso de esa malla conceptual en el resto del libro no deja de dominar el uso de ideología como «conjunto de ideas», que sobresale por encima de otras dimensiones y significados. Como él mismo expone, la intención de esta obra radica en contraponer las «naciones que salieron triunfantes» frente a «las ideas que salieron derrotadas en la transición» (p. 53).

El resto de los capítulos obedece a una doble lógica: narrativa cronológica. El capítulo 2 (*La izquierda en [la] transición: de la lucha antifranquista al cambio ideológico*) y 6 (*La izquierda en [la] transición: fin de trayecto y cambio de ciclo*) siguen el esquema de una hábil y entretenida narración de los viajes programáticos y políticos del PSOE y el PCE desde el tardofranquismo hasta 1982, año del clamoroso triunfo del primero y de la desastrosa derrota del segundo. En ese camino paralelo hacia el éxito parlamentario de uno y el fracaso del otro se asistirá a un progresivo abandono de la cultura de sus respectivas tradiciones políticas, lo que el profesor Andrade sintetiza en los respectivos virajes hacia el abandono del leninismo en 1978 por un PCE que se torna «eurocomunista» y la negación del marxismo en 1979 por un PSOE que acaricia la posibilidad de acceder al gobierno. En ambos casos el reblandecimiento ideológico obedecería a planteamientos tácticos de las direcciones de ambos partidos más que a necesidades estratégicas de nuevo cuño. En una palabra, el debate sobre el marxismo o el leninismo fue una especie de camuflaje de operaciones de poder y metamorfosis coyunturales entendidas, a menudo, como meras operaciones de *marketing* político de las cúpulas dirigentes (al respecto resultan muy

ilustrativas cómo Santiago Carrillo, en un viaje a EEUU, y Felipe González, en una reunión de empresarios, anuncian, al margen de sus respectivos camaradas, su intención de desprenderse de lastre ideológico del leninismo y el marxismo, respectivamente). En cualquier caso, el hilo de un relato ágil mantiene el interés dramático de la trayectoria de los dos partidos hacia la reforma pactada, aunque la pintura de las peripecias de tales virajes (el inicial «radicalismo» del PSOE frente a la moderación comunista) a veces rozan el tipo de explicaciones *ex post facto* tan habituales en los cultivadores de Clío. Lo cierto y verdad es que, creada la *Platajunta* en marzo de 1976, pronto sus componentes se plegaron a la vía negociadora y reformista. Desde luego, sostiene el profesor extremeño, esa fue la vía adoptada por el PSOE desde el principio y algo más tarde por el PCE. La renuncia de este a la ruptura democrática, dice Andrade, es un problema historiográfico sin aclarar del todo, aunque cita el testimonio G. Morán (*Miseria y grandeza del Partido Comunista, 1939-1985*. Barcelona: Planeta) según el cual antes de verano del 76, o sea, a poco de la formación del organismo unitario de la oposición democrática, la fe de la dirección comunista en la ruptura democrática estaba herida de muerte, lo que, más o menos corroboran (a falta de actas de las reuniones del PCE) otros testimonios como las recientes memorias de R. Tamames (2013). Sea como fuere, en los dos capítulos se describen solvente y brillantemente las causas de un hecho decisivo para la historia posterior: que durante la Transición democrática los mismos partidos de izquierda acusan una profunda metamorfosis como respuesta a un proceso abierto e incontrolado al que se dio una solución oportunista y coyunturalista, que en el caso del PSOE le alzó al poder y en el del PCE le hundió en la irrelevancia parlamentaria. Sin duda, los factores internos fueron importantes, pero seguramente habría que enfatizar mucho más en la crisis de la izquierda ante el

declive del Estado de bienestar, la recomposición del capitalismo tras la crisis de los años setenta y la total deslegitimación de las experiencias de socialismo real a la soviética. Al fin y a la postre, la transición fue una trituradora de las ideas y esperanzas de la vieja izquierda, no muy consciente de lo que estaba ocurriendo: la fáustica venta del alma al capitalismo y a la aceptación de la triunfante distopía de la modernización.

Por el contrario, los capítulos 3 (*Los intelectuales*), 4 (*Los militantes de base*) y 5 (*El cambio ideológico en los medios de comunicación*) obedecen a un criterio que busca la selección de vetas temáticas a modo de profundización en la trama narrativa del proceso, exponiendo el papel de tres agentes que, de alguna manera, participaron en la mutación ideológica de los partidos de izquierda de la época. En cuanto a lo intelectuales, ya Gramsci solía distinguir entre la dimensión universal propia de todos los seres humanos pensantes y la parte de la sociedad que además *tiene una función intelectual*. Esta parte, como reconoce el profesor Andrade Blanco, en España había estado tradicionalmente alejada de la tradición marxista y su aportación a este continente teórico había sido meramente epidérmica. Sin embargo, durante la oposición antifranquista, sobre todo en el caso del PCE, hay una muy cuantiosa incorporación de intelectuales ganados por un marxismo que se comprendía como arma arrojada contra la dictadura. Así, también en el PSOE, el marxismo se convierte en un instrumento ideológico de resistencia antifranquista, que en el curso de la Transición se irá deshaciendo cual azucarillo en agua. Este capítulo, pues, tomando como base textos escritos (correspondencia, fragmentos de libros, prensa, etc.) sirve de ilustración de cómo las minoría cultas de dos partidos de tradición obrera intervienen en los debates y se oponen o prefiguran los virajes hacia el eurocomunismo en el PCE e incluso hacia la socialdemocracia y el

neoliberalismo en el PSOE. Por ejemplo, apunta Andrade Blanco las resistencias en el PCE de gentes como Manuel Sacristán, uno de los pocos teóricos marxistas de relieve, y otros al giro eurocomunista y a la política de consenso mantenida por la dirección. Se muestra así mismo cómo la política de alianza entre las fuerzas del trabajo y la cultura no se trasladó al interior del aparato partidario y quedó, pasado el fuerte impulso antifranquista, en un *flatus vocis*. El desgarro del PCE tras las elecciones generales de 1979 y 1982 supuso la desbandada de un universo intelectual comunista que, por otra parte, en Europa también había sufrido su particular destrozo en los años setenta. En el caso del PSOE, el marxismo fue durante un tiempo enseña para rivalizar en radicalismo con el PCE y, a pesar su predominancia en el aparato de formación encabezado por Gómez Llorente, en 1979, tras los dos congresos (uno ordinario que, frente a la posición de F. González, mantiene el marxismo y otro extraordinario que lo retira, recuperando así la figura de su líder carismático) desaparece casi de vida partidaria y se sustituye por un socialdemocracia con trazas de corte neoliberal, representada por intelectuales como L. Paramio o J. M. Maravall, forjadores, entre otros, de la hegemonía del pensamiento pragmático que sustituye el problema del capitalismo, de la desigualdad y el reparto de la riqueza por el logro del desarrollo económico dentro de un proceso modernizador.

El capítulo 3 (*Los militantes de base*), sin embargo, promete mucho más de lo que realmente nos da. En efecto, el autor había anunciado tempranamente, en la introducción, su intención de «prestar atención a la mayoría de sus protagonistas, sobre todo aquellos tradicionalmente marginados de las crónicas de los partidos: a los militantes de base. La historia de los partidos políticos ha sido habitualmente una historia reducida a su elites» (p. 21). Pero para superar este planteamiento no basta con lo que se hace en este capítulo, que se limita

a analizar los programas de formación doctrinal de la militancia y algunas de las cartas enviadas a la prensa partidaria por algunos afiliados que se situaban a favor o en contra de los respectivos virajes programáticos de ambas formaciones políticas (fin del leninismo y fin del marxismo). Ciertamente, aunque la información aportada resulta pertinente y útil, dista mucho de confirmar, por la vía de las fuentes y el método utilizado, el tipo de análisis propio de una «historia desde abajo», que sin duda hubiera precisado testimonios más vinculados a la experiencia personal y a la memoria de los protagonistas, encuadrados en un tipo de descripción, que los etnógrafos han dado en llamar «densa» y que estaría cerca de esa «historia viva» que reclamara el profesor J. Aróstegui. En cualquier caso, el capítulo muestra cómo los cambios ideológicos afectan a la experiencia vivida, la identidad y a los horizontes de expectativas de la gente común, y cómo los que entonces se produjeron, en realidad, fueron cortinas de humo impulsadas desde las cúpulas dirigentes para encauzar un proceso pactista e inmediatista. Desde luego, el autor sí demuestra que cuando se discutía de «leninismo» o «marxismo» era otra cosa la que se jugaba.

La tercera veta seleccionada por nuestro historiador corresponde al capítulo 5 (*El cambio ideológico en los medios de comunicación*), donde se narra el importante papel desempeñado por la prensa escrita diaria (ABC, Ya, País, Diario 16, La Vanguardia y Arriba) en la tarea de progresivo encauzamiento de la izquierda hacia la moderación y el consenso. Resulta paradójico, dice nuestro autor, «que los idearios que mayoritariamente habían conformado el movimiento social de oposición a la dictadura en la clandestinidad no fueran asimilados en la incipiente democracia por ninguno de los periódicos de gran tirada del país» (p. 320). De esta forma, independientemente de sus muchos matices ideológicos, la prensa actuó como un bloque monolítico y cerrado al servicio del modelo

consensual que finalmente se impuso. Es más, sus formas de hacer contagiaron a los dos partidos de izquierda que no tuvieron reparo en instaurar el culto al liderazgo carismático, el uso de la superficialidad argumentativa y el abuso del *marketing* electoral. Así pues, aunque la Transición conoció la interesante comparecencia de una esfera pública democrática hasta entonces desconocida (conceptualización que el autor toma de Habermas), el sistema de poder mediático contribuyó a erosionar el mensaje doctrinal de la izquierda y reconvertirlo en una parte de la sociedad del espectáculo. Otra vez aquí los debates partidarios sobre el leninismo, el marxismo y, sobre todo, el abandono provisional de la dirección del PSOE por Felipe González muestran la fortaleza pétrea de un pluralismo limitado y de unas coincidencias más que sospechosas. Quizás el análisis ideológico de la prensa por parte de Andrade se hubiera enriquecido con una introspección sociológica de las voces de sus amos, de los lugares desde donde se forjó la hegemonía de un discurso plano y casi unánime sobre en qué debía consistir y hasta dónde habría de llegar el cambio social.

Por último, en capítulo 7, el autor procede a realizar una recapitulación y unas conclusiones, seguidas de una relación de fuentes y bibliografía. Se agradece el esfuerzo de síntesis final en un libro de más de cuatrocientas páginas, por lo que ha de perdonarse lo que este capítulo postero pueda tener de repetitivo. En él se subraya la tesis central de la proclividad hacia la moderación ideológica de los dos partidos de izquierda como una consecuencia de sus tácticas inmediatistas en relación al poder. En el balance final, la alquimia ideológica de la Transición ocasionó una profunda metamorfosis de ambos partidos con desiguales consecuencias: supuso la destrucción y automutilación del PCE, de lejos la principal fuerza antifranquista, y el ascenso imparable del PSOE a costa de propagar un discurso sobre la modernización que nada tenían que ver con la larga

tradición marxista de los partidos obreros. De esta forma, así se dejó la vía expedita al «descreimiento, la tecnocracia y el eurocentrismo» (p. 398). Y, al final, la permanencia en la OTAN, obra del supremo alquimista.

Desgraciadamente la tradición marxista suele situarse entre la nostalgia acrítica del pasado revolucionario (seguir con las mismas organizaciones e ideas como si nada hubiera pasado) y la despavorida huida hacia, como se dice ahora, «lo que hay». Entre el fundamentalismo de un marxismo esencialista y el pragmatismo del converso a la economía de mercado, ayer en la Transición y hoy en plena crisis mundial del capitalismo postfordista, las incertidumbres de la izquierda parecen asumir las reflexiones de Fausto: «No me figuro saber cosa alguna razonable, ni tampoco imagino poder enseñar algo capaz de mejorar y convertir a los hombres (...). Por esta razón, me dí a la magia» (Goethe, *Fausto*, I, 1998, 121).

A la magia de un cambio sin cambio se dedicaron los alquimistas que pilotaron la nave de la Transición. Agradecemos al doctor Andrade Blanco la minuciosa reconstrucción del recuerdo de las fórmulas magistrales utilizadas entonces (el célebre consenso que ahora «ingenuamente» añoran algunos), para que hoy improbablemente sirva de lección (historia es *magistra vitae*), consuelo imposible de nuestros males y acicate para pensar críticamente nuestro pasado y nuestro presente, y lo de aquel que hay en este.

Raimundo Cuesta  
*Fedecaria-Salamanca*

**RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, F. J., RIESCO ROCHE, S. y PINTOR UTRERO, M.:** *Sueños rotos. II República, cuestión agraria y represión en Santa Marta (Badajoz)*. Sevilla: Aconcagua Libros, 2013, 489 pp.

Algunos podrían decir que estamos ante otra obra de historia local y de historietas

locales llenas de nombres y de acontecimientos de poco calado histórico y nulo interés, salvo para los habitantes de la localidad y familiares de los individuos que pululan por sus páginas. Nada más lejos de la realidad y de los objetivos de los tres coautores de la obra.

La obra de Riesco, Rodríguez Jiménez y Pintor Utrero es un magnífico escenario de las vivencias de un grupo social en los años treinta del siglo xx y el relato de cómo un grupo social detentador del poder, tiene miedo a perder ese poder, y, de hecho, lo pierde en las urnas. Para recuperarlo y seguir manteniendo incólumes sus privilegios, primero realiza una labor de boicoteo sistemático de la legalidad y de las medidas democráticas aprobadas en un parlamento democráticamente elegido y, finalmente, acude a la ayuda militar golpista, a la violencia y a las armas para mantenerlo.

Es, en definitiva, una visión de la crisis de los años treinta en España desde la óptica microsocia de la población pacense de Santa Marta, teniendo siempre como telón de fondo la cuestión agraria y las reformas sociales y laborales de los gobiernos de la II República.

A través de cinco capítulos se desgana la historia de la localidad, la historia social, económica y política de Santa Marta entre la Dictadura de Primo de Rivera y la Dictadura fascista de Francisco Franco. No es un mero recuento de hechos locales, ni una acumulación de nombres y casos de familias del lugar. La obra es, partiendo de una contextualización previa en los últimos años de la dictadura primorriverista (capítulo 1), un riguroso análisis de las medidas reformistas republicanas y su incidencia en la vida política y social de Santa Marta (capítulo 2); de la actuación del bienio radical-cedista y sus consecuencias en el ámbito local (capítulo 3); de las ilusiones renovadas de la brevisima etapa del Frente Popular, sus resultados electorales y la candente cuestión agraria (capítulo 4); y del cierre de la etapa de los años treinta